

Seamos misericordiosos¹

Zdzislaw Józef Kijas, OFM Conv.,

Relator en la Congregación para la Causa de los Santos de la Santa Sede,

zjkantony@gmail.com

– El Papa Francisco, al proclamar el Año Jubilar Extraordinario de la Misericordia, sugiere unas circunstancias y razones especiales para este Año. ¿Cuáles son estos hechos y razones?

En primer lugar, quisiera decir que encuentro una cierta dificultad a la hora de hablar sobre la misericordia como tal. Creo que para hablar realmente, en su esencia, sobre la misericordia, debemos movernos en un ámbito específico de valores, que al ser “heridos”, necesitan de la misericordia. Es imprescindible que tengamos un fundamento concreto que nos permita descubrir el sentido y la necesidad de la misericordia. En una palabra, creo que más bien hay que hablar sobre *la verdad*, y practicar *la misericordia*. Es entonces cuando, a la luz de la verdad sobre la omnipotencia del amor de Dios, revelada en su plenitud en la persona de Jesucristo, y la verdad sobre el hombre que es débil y cae con frecuencia, pero a su vez llamado a la santidad, en esta clave puede hablarse sobre la misericordia. ¿Y qué sucede ahora? A veces tengo la sensación de que ahora en cierto modo pasa al contario, lo que significa que tendemos más bien *a callar* sobre Jesucristo o sobre el hombre; se habla poco sobre la verdad (dogmática, moral o social), sobre las exigencias que conlleva consigo la fe, y en cambio se habla mucho sobre la misericordia. Eso quizá no es del todo correcto, porque si no conocemos a Dios ni sabemos quién es el hombre, si no sabemos lo que Dios ha hecho para y por nosotros, qué planes tiene sobre

¹ El artículo se desarrolla como una entrevista al autor por Lucyna Slup.

el hombre, no vamos a ser capaces de descubrir si necesitamos la misericordia, qué exigencias nos propone y a qué obliga, etc.

Personalmente opino que en la cultura contemporánea, una cultura de “valores y metas fluidas”, deberíamos hablar con la misma fuerza sobre la verdad y después sobre la misericordia. La verdad sobre Dios y el hombre es una base importante para poder hablar sobre la misericordia y animar a practicarla. Dice el Eclesiástico en su libro: “No seas atrevido con tu lengua, ni perezoso y negligente en tus obras” (Eclo 4,29).

Hay diversidad de circunstancias. Algunas de ellas las conocemos, porque vivimos en este mundo y experimentamos sus dificultades, leemos los periódicos, escuchamos las noticias y sabemos qué pasa en otros lugares: que el hombre olvida el amor sacrificado, olvida el perdón, olvida a Jesucristo... Eso engendra una urgente necesidad de hablar, de recordar, de gritar que nuestro Dios se ha revelado en Jesucristo y nos llama a amar.

– En la Bula que convoca el Año de la Misericordia, el Papa Francisco llamó a los creyentes a “ser misericordiosos”. ¿Por qué tenemos que ser misericordiosos uno para los otros? ¿No basta con ser justos?

La pregunta sobre el “*porqué*” es importante. Merece la pena hacerla con frecuencia, no solamente refiriéndose a la misericordia. Cuando el hombre se hace la pregunta *por qué* se encuentra materialmente o espiritualmente en una situación difícil, comenzará a buscar las maneras para salir de ella. Diría que el “*porqué*” es la pregunta dirigida a la oculta *dignidad* del hombre, que aún no se ha manifestado o ya está violada, no respetada.

Cuando hacemos la pregunta sobre el porqué, conmovidos por la pobreza o el sufrimiento del prójimo, eso significa que ésta nos horroriza y *no estamos de acuerdo* con ella, que queremos o hemos tomado el propósito de alejarla del prójimo, solventarla... La pregunta sobre el “*porqué*” pone en movimiento nuestro pensamiento, corazón y la voluntad, animando a tomar unas decisiones y actos concretos a favor del otro. Desde entonces no pregunto *ya por mi mal*, sino que me interesa más el *destino del otro*; ahora la otra persona es importante para mí. Su bienestar se convierte en mi preocupación; me importa su felicidad. Ese tipo de *apertura* hacia el otro es de suma importancia; es muy cristiano y también social. Precisamente gracias a ella se fortalecen las relaciones en la familia, en el trabajo, o hablando más en general, en la sociedad.

Tenemos que ser misericordiosos, para *salvar* a la humanidad – la nuestra y de los demás - pero también para salvar al mundo de la amenaza de la indiferencia o de algo peor. Creo que ésta es la primera y la más importante respuesta de por qué tenemos que ser misericordiosos. La misericordia es una respuesta activa del amor a este mundo, que se hace cada vez más frío, en el que empieza a faltar un amor que sea sin intereses, sacrificado... Se dice que la belleza salva a este mundo, pero merece la pena añadir a eso, que la misericordia es lo más hermoso que existe, el signo más legible y luminoso que existe.

– A veces asociamos la misericordia con ayudar a algún mendigo en la calle o con realizar alguna acción caritativa... Ser misericordioso, ¿se limita en unos actos así? ¿Qué forma la esencia de ser misericordiosos?

Diversos actos de misericordia nacen primero en el corazón y en la mente, antes de hacerse “materialmente” visibles en hechos concretos. Por lo tanto, no se pueden “agotar” en los

hechos. Necesariamente estos hechos deben de ser creativos en su amor activo, porque también la pobreza, el sufrimiento, las desgracias... de alguna manera también “son creativas”. Creo que la esencia de ser misericordiosos se centra en *sentir con el corazón* más que con la inteligencia, cálculo o lucro. El término latín “*miser cordia*” contiene en sí la realidad de corazón (*cor; cordis*) igual que de la pobreza (*miser*); de ahí derivó la idea: *estar con el corazón cerca de alguien que sufre la pobreza*, cualquier tipo de pobreza. En la misericordia precisamente el corazón es el motor específico de “la acción”, de hacer el bien también cuando la inteligencia protesta, cuando cree que es un tipo de ayuda infundada, a alguien que en mi opinión no merece ser ayudado. Ser misericordiosos en este contexto y para las personas así, sobrepasan los límites de la lógica y por eso, sólo lo puede comprender el corazón.

– El Santo Padre en la Bula recuerda “las obras de la misericordia corporales y espirituales” llamando a practicarlas. ¿Qué sentido tienen estas obras?

En general, su sentido es siempre el mismo, o sea, se trata de *despertar mi sensibilidad* hacia los demás, hacia las gentes que viven en escasez, en el sufrimiento –espiritual o material-, que experimentan diferentes formas de injusticia, para que de alguna forma también ellos *despierten* en la búsqueda de su dignidad, a la que les ha llamado Dios.

Quisiera también señalar que se trata de las “obras corporales y espirituales”. Esto es importante, para que no se ciña la práctica de las obras de misericordia exclusivamente hacia el servicio o ayuda material, sin perder de vista el hecho de que también las puede necesitar *el alma*. Con frecuencia, la pobreza del alma supera a la pobreza corporal, incluso se convierte en fuente de esta última y de cualquier otra.

– Si miramos a la pobreza y miseria de los hombres, experimentamos compasión. ¿Qué diferencia hay entre la compasión y la misericordia? ¿Cómo pasar del primer concepto al segundo?

La compasión, como sugiere el termino, es “*sentir con*”, es *sentir lo mismo* que siente el otro, es *ser solidario* espiritualmente con el otro que vive momentos difíciles. Quien se compadece, quiere identificarse con la situación que la otra persona experimenta. Sus ojos y corazón son sensibles ante su pobreza (espiritual o material) y desea *estar al lado*, *sentir* con él otro, participar en su tristeza o sufrimiento.

La compasión es el signo de un corazón sensible, que se hace *indefenso* en una situación en la que se encuentra la otra persona. Así, por ejemplo, la muerte de alguien cercano nos conmueve hasta lo más profundo. Casi siempre preguntamos por la edad y el motivo de la muerte, sobre el sentido de su sufrimiento y el sufrimiento de los cercanos. Tal vez nos inquieta la conciencia de que no hemos hecho todo lo que era posible hacer para evitar la muerte... Entonces, quiere ponerse al lado de aquellos a los que la muerte ha tocado, quiere compadecer con ellos la pérdida de la persona cercana, consolar a aquellos que están hundidos en el luto y la tristeza.

La compasión, aunque es noble, sin embargo también expresa una cierta debilidad. La misericordia es mucho más. Nace de la compasión pero no se queda en ella, porque quiere *cambiar* la situación de la persona a quien compadece. Quiere además aportar una ayuda. Escucha el llanto y las quejas de la persona que experimenta alguna de las formas de pobreza; por eso *decide* cambiarlo.

La misericordia, vista desde esta perspectiva, tiene en sí algo cercano al misterio de Encarnación de Jesucristo: Dios

Padre que “se ha hartado de mirar” la pobreza de su pueblo, decide enviarle a su Hijo para rescatarlo. Esa redención pasa por varias etapas, también por la etapa de sufrimiento y la muerte de Jesús, para coronarlo con su Resurrección. Con la misericordia pasa algo parecido: no es fácil ni para quien practica la misericordia ni para el que la recibe, porque tal vez hace mella en su dignidad. Una especie de humildad, mortificación o acatamiento están inscritos en ella de forma natural, pero al realizarla y recibirla debería llevar hacia “la resurrección”, o sea hacia la recuperación, hacia la regeneración de la dignidad de la persona que sufre, y fortalecer esa dignidad en la persona a la que se proporciona esa ayuda. Así que vemos que hay un beneficio mutuo en el hecho de practicar misericordia.

– ¿Hay algún orden a la hora de hacer la misericordia, en ser misericordiosos? Si es así, ¿cuál es? ¿A qué debemos prestar atención a la hora de ser misericordiosos con los prójimos?

Pienso que existe un único orden y yo le llamaría “orden del corazón”. Porque el corazón pocas veces revela la tendencia hacia el cálculo, más bien frecuentemente se rige por “la lógica” de donación, de la sobreabundancia...El amor se da desinteresadamente y abundante a quien ve necesitado de amor, y no espera nada a cambio.

– Según su opinión, ¿qué desafíos hay frente de los “testigos de la misericordia” en el mundo de hoy?

La pregunta es difícil. ¿Qué exigencias son “especiales”? Creo que son múltiples y no es posible contarlas todas, es más, tampoco quiero hacerlo; me faltan competencias para ello. Personalmente me gustaría ceñirme a dos retos, que son básicos.

El primero y el más importante, creo -y tal vez eso va a sonar raro, a lo mejor hasta paradójico- es ser testigo de *Jesús*

Misericordioso, testigo legible y creíble. Tenemos que luchar contra la ideología de una misericordia sin Dios, sin el concreto rostro de Jesucristo... Para nosotros, los cristianos, el sentido y la profundidad de la misericordia es visible solamente cuando son leídos en el prisma del Hijo de Dios, que se hizo para nosotros la misericordia del Padre. Sin Jesucristo, la misericordia cristiana no existe. Puede existir la compasión, la sensibilidad a la pobreza de los demás, el altruismo hacia los que sufren, pero no la misericordia cuya tarea es devolver al hombre sacudido por la vida, la dignidad del hijo de Dios. Se puede, por supuesto, hablar mucho más sobre este tema, pero aquí solamente he querido sensibilizar sobre esta cuestión tan importante.

El segundo reto que está ante los “testigos de la misericordia” es la preocupación por *devolver al hombre su dignidad*, con mucha frecuencia *afrentada por la contemporaneidad*, o sea, *devolver la feminidad a la mujer y la masculinidad al hombre*. La actitud general comercial de la cultura contemporánea ha hecho que nos hayamos perdido también en esta área, y para “venderse” (o sea existir en los medios de comunicación), para convertirse en alguien importante, para conseguir un buen trabajo, a veces sucede que él o ella comienzan a “hacer comercio” o a “poner en venta” su identidad sexual. Marcada por amor, la misericordia desea restaurar la conciencia de la dignidad de las criaturas de Dios, que es el hombre y la mujer, a quienes Dios ha llamado a la unión.

Hay, por supuesto, todavía otros objetivos a los que se enfrentan los “testigos de la misericordia”, pero sobre ellos se habla mucho y, por lo tanto, no quisiera repetirte aquí.